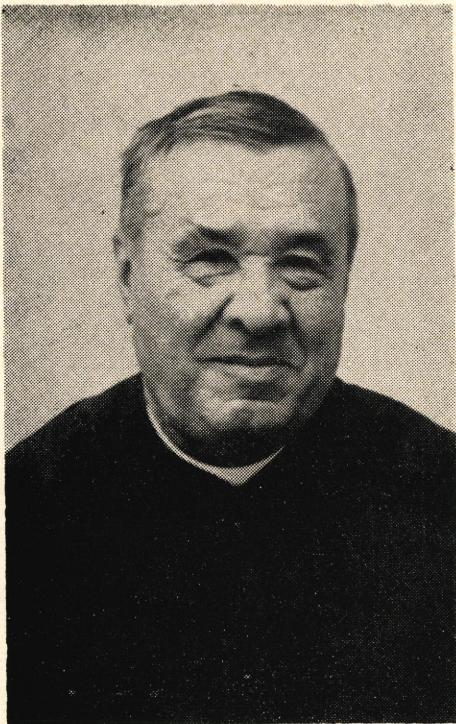


INSPECTORIA SAN FRANCISCO JAVIER
BAHIA BLANCA (R. Argentina)

CASA INSPECTORIAL

Vieytes 150
BAHIA BLANCA



PADRE JOSE PAROLINI

Bahía Blanca, 8 de septiembre de 1976

Queridos hermanos

Hacia las tres de la tarde del viernes 2 de julio falleció en Bahía Blanca el misionero PADRE JOSE PAROLINI.

Había nacido en Lanzada, pueblecito alpino de la provincia de Sondrio (Italia), el 19 de abril de 1905, hijo de Bautista y de Rosa Rossi, de muy humilde familia. Después de haber concluido

los estudios de los grados elementales en su pueblo natal, ayudó a su familia trabajando por un año en pueblos vecinos. A los 13 años entró en el Seminario Diocesano de Como, donde hizo los estudios secundarios. A los 18 años el seminarista José Parolini pide entrar en la Congregación Salesiana. Así inicia su pedido: Desde ya un par de años cultivo el deseo de hacerme salesiano. Debo este pensamiento a la lectura

de la vida del Venerable Don Bosco y del Boletín Salesiano . . ." Y agrega más adelante: "Hace cinco años que estoy en el seminario y por haber repetido primer año, he hecho este año solo el cuarto. El 15 de este mes debería volver para repetir los exámenes de italiano y de latín, en los que no fuí promovido en julio . . . Espero su respuesta con impaciencia . . . Afirmo que el único fin por el que deseo entrar en la Congregación es cooperar a la santificación de mi alma y, si me fuere dado, también de los demás". Y el rector del seminario de Como recomendaba así el pedido del seminarista: "El alumno José Parolini tiene un carácter muy bueno . . ." Y subrayaba, además de su bondad, su criterio práctico en el desempeño de tareas de caridad con los chicos y jóvenes.

Ese mismo año (1923) es aceptado en la casa salesiana de Verona y cumple un período de aspirantado en Milán como asistente. Lo admiten al noviciado —entre otras— con esta observación: "Entusiasta de su vocación". Hace su primera profesión en Este en 1925 y parte para las misiones de la Patagonia. El mismo Padre Parolini narra así su llegada a Fortín Mercedes: "Llegué a esta casa . . . el 23 de diciembre de 1925 con otros 30 jóvenes que el P. Manachino había buscado en Italia y en otros países. Se conmemoraban ese año los cincuenta de la primera expedición de los misioneros salesianos a la Argentina. Habíamos recibido el crucifijo de quien había capitaneado la primera, el casi nonagenario Cardenal Cagliero . . . y el abrazo de despedida de Don Rinaldi . . . Un gran bienhechor nos había costeado el viaje: el P. Tornquist . . . La mitad de los fortinenses nos vinieron a recibir a la estación y los demás los encontramos por el camino. La chata se llenó de valijas y bultos y . . . a andar! Y así nos hicimos los primeros cinco kilómetros de Patagonia a pie . . ." Después vendrán todos los demás!

El P. Parolini recordará con inmenso cariño esos años de formación en Fortín (1926-1929), la figura paterna del P. Manachino, el clima de fe, de familia, de alegría y de pobreza (uno de sus compañeros de comitiva, de 13 años, comentó así el almuerzo de recepción: "qué mal se come aquí . . .").

El hablará del fervor y del impulso salesiano de esos tiempos y no se olvidará de aludir a las variadas peripecias de sus primeros exámenes en castellano, que él calificó como "exámenes legendarios".

Su primer destino como tirocinante fue Comodoro Rivadavia (1930), (donde se acababa de

inaugurar con gran solemnidad el Colegio Deán Funes), y luego Stefenelli (1931-1932). En todos estos años de juventud acumuló entusiasmo y admiración por las grandes figuras de misioneros que pudo conocer o tratar, aunque fuera por pocos minutos. De todos ellos hace conmovidos elencos en las 219 páginas dactiloscritas con las que quiso resumir los recuerdos de su vida: entre ellos nombra con especial veneración al P. Nazario Bartoli y al P. José María Brentana. Con este último ("el sacerdote más humano que he conocido") pasa unas deliciosas vacaciones en Cipolletti, "donde se comía poco y se reía mucho" y donde, "pasada la media noche se acercaban dos bancos de la iglesia y se dormía beatíficamente sobre los mismos hasta el toque del Angelus". "Con qué fervor se rezaba con el Padre José María!".

La teología fue cursada en la Crocetta, Turín (1933-1936) donde fue ordenado sacerdote el 5 de julio de 1936: son otros años que recordará con vivísima gratitud y simpatía, que extiende a sus "santos maestros D. Zolín, D. Mezzacasa, D. Vismara, D. Grosso", muy cerca de los cuales —así lo dejó escrito— tomó parte en la canonización de Don Bosco, acontecimiento que vive intensamente, así como años atrás había vivido —desde Fortín Mercedes— el de la beatificación.

Es durante estos años de teología (condimentados con la actividad pastoral en el oratorio de la Casa Madre y en el de la Crocetta), en que se afianza en él otro de los grandes entusiasmos de su vida: Ceferino Namuncurá. Era una inquietud que le había surgido ya en los primeros años de permanencia en Fortín Mercedes. Pero en Turín, el trato con el P. Luis Bertagna, bibliotecario de la casa madre por ese entonces, que treinta años atrás había sido maestro de Ceferino Namuncurá en Buenos Aires, le acrecienta el interés y la admiración por esa figura. Y así recoge un testimonio inmediato de la viva devoción de Ceferino Namuncurá por la Eucaristía. Cuando D. Giraudi, hablando en el estudio de los teólogos de la Crocetta y refiriéndose a las figuras que acompañaban la estatua de Don Bosco que en esos días sería colocada en la basílica de San Pedro, aludió a la presencia del indiecito Ceferino, un grito de aprobación se pudo escuchar en el fondo del estudio: era del Clérigo Parolini, que no pudo frenar su alegría al pensar en el joven araucano que tan pronto estaba llegando ya a tal altura.

Su interés y su pasión por lo que tuviese relación con Don Bosco y la Congregación lo llevó durante esos mismos años a vincularse con

todo el ambiente de la Casa Madre: con los superiores, con los misioneros de paso, con D. Bordonas en el archivo salesiano y con D. Ceria, que le regala el original manuscrito del volumen 17 de las Memorias Biográficas de Don Bosco, que él traerá luego a Fortín Mercedes.

Regresa a la Patagonia y es maestro de segundo grado y director del Oratorio Festivo del Colegio Don Bosco de Bahía Blanca hasta 1940.

Es de ese tiempo su actividad con los canillitas y lustrabotas, verdadera primicia privilegiada de su apostolado sacerdotal. Un exalumno —hoy sacerdote— de esos años recuerda la formación cristiana recibida, no ciertamente a través del orden reinante en ese segundo grado disciplinado, sino por el influjo de la piedad sacerdotal del P. Parolini, vivida y trasmisida según las modalidades espontáneas de un corazón que vibraba ante todas las realidades de la fe.

Luego será Director y Párroco de Villa Regina (1941-1946), (a la que dedica abundantes y afectuosas páginas de sus memorias y donde conserva hasta hoy muchos amigos); misionero en Bariloche (1947); confesor y maestro en Luis Beltrán (1948) y Viedma (1949-51) y teniente cura en Cipolletti y Cinco Saltos (1952-54), desde donde incursionará hasta Catriel, otra población que —como dirá el mismo— se “llevará prendida del alma”.

Vuelve a Bahía Blanca, La Piedad, en 1955 y de allí viaja a Esquel donde transcurrirá el período más largo de su actividad misionera (1956-1966) y desde donde se desplazará continuamente recorriendo prácticamente todo el Chubut.

Después de dos años en Stefenelli como confesor (1967-68) volverá a Fortín Mercedes donde transcurrirán sus últimos años (1969-1976), atendiendo a los peregrinos que visitan el Santuario de María Auxiliadora y la tumba de Ceferino.

Los últimos meses los pasa en la enfermería inspectorial de Bahía Blanca, con muchos achaques y dolencias. A la atención de salesianos, hermanas y enfermeras, hay que añadir la preocupación fraterna del Dr. Enrique Rudolf que más de una vez asumiera la responsabilidad de intervenirlo quirúrgicamente y a quien el P. Parolini se sentía vinculado como a un hermano de sangre: “Mi hermano Quique”.

De su muerte se hicieron eco los diarios, las radios y los canales de televisión de la Patagonia, que consagraron espacios especiales a su figura. Una figura, irrepetible, simpática, llena de

calor humano y de bondad, que hizo atrayente y amable la persona del misionero y del sacerdote a muchísima gente, aun a los más lejanos. Una capacidad de acercarse a todos, de dar el primer paso, de dirigir por primera vez la palabra con su proverbial “checheo” para con todo el mundo, que tenía la virtud de hacer sonreír a tantos y de hacer caer muchas barreras. Un corazón bueno, sensible, humilde, afectuoso. Una sonrisa franca, amplia, que nacía de sus ojos y se desbordaba luego por su rostro moreno y sencillo. Un corazón entusiasta: “Yo no he tenido ni mucha inteligencia, ni mucho estudio, pero sí mucho entusiasmo” dijo y escribió muchas veces. Entusiasmo por . . . todo. Por las grandes realidades de la fe y de la vocación salesiana: la Eucaristía, la Virgen Auxiliadora, el Papa, la Iglesia, Don Bosco, la Congregación, las misiones, los misioneros, los grandes misioneros que trabajaron en estas tierras. El recordaba fechas, nombres, vidas . . . Por todos ellos el P. Parolini nutría un enorme cariño; hablaba de ellos siempre con emoción; leía todas las publicaciones que hablaban de ellos; las releía; gozaba; comunicaba lo que sentía con el gesto de las manos, con los ojos, con el tono de su voz. Una gran capacidad de admiración y comunicación. En las distintas ediciones del “Boletín Salesiano” encontraba de veras alimento para su necesidad de contacto con la vida de su familia. El Boletín Salesiano italiano estaba además en los orígenes de la historia de su vocación. Era para él una lectura sabrosa y esperada. Era el primero en leerlo. Su entusiasmo estaba enraizado en una fe muy viva; muy viva y muy firme. Y era expresión también de su amor “a todos”.

Con particular insistencia difundió además publicaciones e imágenes referentes a la Santa Síndone: su ánimo concreto y sensible vio en esta reliquia un vehículo eficaz para acercar de alguna forma a los ojos y a los sentidos la realidad de la Pasión del Señor y de su amor a los hombres. Se esforzó de muchas maneras para hacerla conocer y escribió una obra de cien páginas sobre el tema.

Pero la empresa a la que dio quizás lo mejor de sus energías fue la causa de Ceferino Namuncurá: “Cuánto me queda por escribir de mi querido Ceferino y cuánto me queda por aprender de su amor a Dios y al prójimo, de su sentida humildad y caridad . . .” escribía el P. Parolini al volver a Fortín en su último período. “Querido Ceferino: después de 40 años me trajiste cerca de tu tumba. . . ; que pueda cumplir santamente la misión que está en los designios de Dios . . .” No dudamos que esta misión ha sido la de hacer conocer a Ceferino: este indiecito que hoy es

considerado con razón como "EL MISIONERO DE SU PUEBLO" ("Aportes de los grupos de trabajos del encuentro de rectores de los santuarios argentinos", La Falda, 8-10 de noviembre de 1974), como una encarnación "de la esperanza del pueblo de tener su propio santo autóctono" (ibidem).

El P. Parolini pudo ver la prodigiosa difusión del movimiento ceferiniano. Pero recordaba también los comienzos: "Me he ocupado del pobre Ceferino, cuando . . . no sabíamos nada. Ya sabe él que por él recibí patadas . . . Si Dios lo dispone, algo se podrá escribir de cómo empezó este FENOMENO CEFERINIANO". Recuerda también que los cuatro años que dio segundo grado en Bahía Blanca (1936-1940) estuvo colgado su cuadro en el aula: "creo que fue de los primeros que se expusieron . . . hasta figura en una fotografía de fin de año". "La casa del catequista de Mons. Copello por \$ 150 me imprimía 150 mil estampas". Y él las llevó con el famoso cuadro a Villa Regina y las distribuía "volentibus et nolentibus". Y allí en Villa Regina, junto a la iglesia parroquial, inauguró el 27 de agosto de 1944 el primer monumento que se le haya levantado públicamente en la Argentina. Por estos primeros pasos y por todo lo que hizo después, el nombre del P. Parolini se vinculó estrechamente al de Ceferino Namuncurá, hasta hacerse llamar "hermano de Ceferino". ¿"Qué otro rostro y qué otra voz hubiera podido tener Ceferino —se escribió en una revista hace poco— si hubiera nacido en Italia?". El mismo Rector Mayor, enviando hace meses saludos para los salesianos enfermos, agregaba humorísticamente: "en forma especial al Padre Parolini-Namuncurá".

Pero entre los rasgos característicos del P. Parolini debemos aun citar dos que pueden ser —en su vida— los centrales: su peregrinar de misionero y su afán por socorrer a los necesitados.

"Qué lindo es el caminar de los que traen buenas noticias" (Rom. 10,15): y de veras, que lindo caminar fue el suyo! Lindo para toda la gente que él encontró en sus infinitas andanzas, sobre todo en los 35.000 km². de la parroquia misionera de Esquel y en los demás rincones del Chubut. Salía de Esquel para misionar: era cierta la fecha de la salida, incierta la del regreso. Para trasladarse usaba los medios . . . que encontraba; se alojaba donde podía; comía lo que le daban . . . Las enfermedades de sus últimos años no están desvinculadas de ese régimen de vida misionera en el que lo que más contaba no era ciertamente la salud del misionero: aún hoy

los misioneros salesianos de Esquel afirman que es difícil encontrar una casa, un rancho del campo a donde el P. Parolini no haya llegado. Incluso para introducirse en un lugar desconocido o iniciar un diálogo la pregunta que podía hacer el misionero era esta: "Lo conocieron Uds. al P. Parolini?". Y su recuerdo crea un clima de simpatía. La sonrisa y la bondad del P. Parolini han abierto allí muchas puertas al Evangelio de Jesús. Quizás haya que valorar más lo que significó para la fe de muchos la simple presencia, el simple contacto de un misionero como el P. Parolini, único signo visible, en tantos parajes desiertos, de la preocupación de la Iglesia por salvarlos a todos.

Y con este, si es lícito expresarse así, "vagabundear" misionero, es preciso subrayar fuertemente el otro rasgo personal característico, que encuentra su raíz en las palabras de Jesús: "Me da lástima esta gente . . . ; no tienen qué comer" (Mr. 8,1-3). Sintió profundamente la compasión por el necesitado y por el hambriento, el deseo de multiplicar los panes y la alegría de poder dar de comer. Y para eso él pedía. No tenía vergüenza de pedir, ni de importunar. Pedía y recibía. Recibía y daba. Distribuía; mandaba también a aquellos que no conocía personalmente, por ejemplo a los pobres de la línea sur del Río Negro. Y así solía entregar las limosnas que recibía diciendo expresamente y marcando las palabras: "Esto es para pan de los pobres, para que puedan comer . . ." Y Agregaba, casi como si temiese que se le cambiase la destinación: "No para ladillos". Para pedir por sus pobres no temerá dirigirse a los diarios, visitar las radios o presentarse ante las cámaras televisivas de la Capital Federal.

Con lujo de detalle describe la forma en que recibió, la limosnas de los primeros "cinco pesos". Era el tiempo en que atendía a los canillitas: "Entraba a la iglesia del Don Bosco . . . costeando los bancos para ir a vestirse para la Santa Misa: un niño de quinto grado de pelo crespo, más bien negrito, que estaba rezando las oraciones con su clase, al verme se pone de pie, alcanza la mano y entregándome una especie de bolita de papel me dice: "P. Parolini, se lo manda mamá para los canillitas". Deshago la bolita y aparecen \$ 5, todo un capital entonces. Fueron los primeros de muchos miles que recibí y destiné todos para los pobres. Esa buena señora, desde ese día hasta ahora todos los meses me hizo siempre llegar una limosna . . .". Y recuerda gustoso también los primeros episodios de su largo ministerio de "partir el pan": "Una tarde muy fría, a la hora de cerrar el oratorio se me acercan unos chicos pidiendo un poco de pan, que en

todo el día . . . no habían comido. Me acordé de las sobras de los mendrugs que había en una lata . . . Me encerré en el comedor, me armé de un cuchillo y empecé a hacer presentable ese pan, haciendo desaparecer los mordiscos . . . Y luego, como si fueran bollitos recién traídos de la panadería, los llevé al patio. Apenas vieron la lata con pan, empezaron a empujarse... Cuando llegaron los últimos, que eran los más pequeños, no les quedaba nada . . . Entonces fui a buscar las migas . . . Me emociono al escribir este episodio". "En mi casa, también pobre-cita, me habían enseñado a respetar el pan" . . . Otra vez, el café con leche: "A las cuatro de la tarde sobraba siempre mucho café, así en las tazas como en las pavas, y un poco en la olla . . . y todo iba a parar a la pileta donde se lavaban los platos . . . Me fui a la pinturería "París . . ." y . . . llamé a los dos dueños: "Pedro me regala esta pava; y León, aquella". "Muchas gracias", y a volar . . . En el comedor, cerré los postigos y me puse a vaciar en las pavas el café que habían dejado en las tazas de la mitad para arriba. Muchas estaban sin tocar. Añadí lo que había quedado en la cocina. Y con unas viejas tazas de los exploradores hubo café para todos".

El Padre Parolini ha sembrado esas páginas de memorias con los nombres de los tantos amigos y bienhechores que colaboraron con él en esta primera y elemental obra de misericordia. Por ellos nutría profunda gratitud. "La visitas al mercado . . . ; mejor: las vueltas por el mercado. Primero para ver, para que me vieran (habitualmente me acompañaban unos cuantos negritos), y luego para pedir . . . Como en todas las cosas, aquí también costó "abrirse cancha"; mas a los pocos meses los tenía a todos amigos y bienhechores". Y hace la lista de los mismos.

En sus últimos días el P. Parolini comenzaba a decir: "Es hora ya de irme al cielo" . . . Había sido sometido a una nueva operación, después de la cual experimentó una notable mejoría. Pero después de un período de convalecencia, la mañana del viernes 2 de julio tuvo un vomito de sangre que se repitió luego más veces. Murió esa misma tarde a pesar de los esfuerzos hechos por médicos, hermanas y enfermeras para conjurar el peligro inminente. Era la

misma hora en que —como refiere un exalumno suyo— solía hacer poner de pie en clase a los chicos de aquel segundo grado de Bahía Blanca para rezar un padrenuestro y recordar la agonía y la muerte de Jesús . . .

Pensamos que ha participado desde el cielo en la celebración del centenario de las misiones, en diálogo gozoso con todos los misioneros que pasaron, contemplando sin velos la realidad de Dios, a la que tienden como a su fin último todas las actividades misioneras.

Del P. Parolini se podría escribir un gracioso y abundante anecdotario. Cuando se difundió la noticia de su muerte, juntamente con el sentido pesar de no tenerlo ya visiblemente cerca, todos los que lo conocieron tuvieron un hecho, una anécdota, una ocurrencia suya para referir y comentar. De él ha escrito el Arzobispo de Salta, Mons. Carlos Pérez: "Lo conocí durante 50 años: como compañero de trienio, compañero de Teología en la Crocetta, luego en los años de sacerdocio, más tarde como inspector salesiano, y finalmente como Obispo; y siempre lo ví en la misma línea: con un amor a Don Bosco y a la Congregación sin límites, una adhesión a la Iglesia sincera y filial, y un espíritu misionero profundo, constante y sacrificado. El cariño a los pobres y a la niñez abandonada, era en él una verdadera obsesión. En fin, un Salesiano que honró a la Patagonia, como los primeros misioneros que enviaron Don Bosco y Don Rúa".

Nosotros rezamos para que Dios bondadoso purifique su alma de todo lo que pudo ser mancha ante sus ojos. E imaginando la alegría desbordante que, esperamos, está ya inundando su corazón entusiasta de todo lo grande y lo bueno, pedimos a Dios multiplique en la Patagonia los gérmenes de vocaciones apostólicas, misioneras, salesianas. Y agradecemos de corazón a los Doctores Enrique Rudolf, Carlos Torrubiano, Regino Alvarez, Omar Pezzutti, Haroldo Balza y Ricardo Ruiz que le brindaron la atención de su competencia profesional.

Afectuosamente en Don Bosco.

Sac. JUAN CANTINI
Inspector

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sac. PAROLINI JOSE, nacido en Lanzada, Sondrio, Italia, el 19 de abril de 1905, muerto en Bahía Blanca, Ar-

gentina, el 2 de julio de 1976, a los 71 años, 51 de profesión, 40 de sacerdocio. Fue director por seis años.

